

Emilio Peral Vega

*«La verdad ignorada»:  
homoerotismo masculino y literatura  
en España (1890-1936)*

CÁTEDRA

CRÍTICA Y ESTUDIOS LITERARIOS

## Índice

AGRADECIMIENTOS .....	11
INTRODUCCIÓN .....	13
CAPÍTULO 1. Jacinto Benavente: entre el juego shakespeariano y la domesticación «burguesa» del deseo homosexual .....	19
CAPÍTULO 2. Camino de perdición: homoerotismo y marginalidad en la <i>novela galante</i> .....	65
CAPÍTULO 3. Los Martínez Sierra. <i>Sortilegio</i> (1930): el homosexual reprimido y mártir .....	81
CAPÍTULO 4. Federico García Lorca: el intento de un «teatro (y una poesía) bajo la arena» .....	93
CAPÍTULO 5. Luis Cernuda: el componente trágico de la «igualdad» en el deseo .....	137
CAPÍTULO 6. Eduardo Blanco-Amor: poesía erótica en clave romántica .....	169
CODA .....	183
APÉNDICES .....	185
<i>Sortilegio</i> (1930), un drama en tres actos de Gregorio Martínez Sierra y María de la O Lejárraga .....	187
Eduardo Blanco-Amor, <i>Horizonte evadido</i> (1936) (selección de poemas) .....	287

## Introducción

«*La verdad ignorada*»: *homoerotismo masculino y literatura en España (1890-1936)* no pretende constituir un repositorio de autores que, dentro de las limitaciones cronológicas señaladas en el propio título, hayan explorado, más o menos explícitamente, el deseo erótico entre hombres, ni tampoco un compendio de aquellos otros que abrieron las páginas de sus obras a personajes de condición homosexual. Antes al contrario, nuestro ensayo, enmarcado en una tradición filológica que prima la interpretación de la obra —poética, teatral o narrativa— por encima de cualquier otra circunstancia, presenta tan solo 6 capítulos, y da cabida a 8 autores, con el objetivo de mostrar, de una forma pausada, los diferentes acercamientos expresivos que el homoerotismo tuvo desde finales del siglo XIX hasta el comienzo de la Guerra Civil española.

No es un ensayo, por tanto, exhaustivo, si por tal entendemos recoger, sistemáticamente, a todos los autores y todas las obras en que el homoerotismo masculino tuvo una dimensión destacada. Para ello, remitimos a la monografía de Alberto Mira, *De Sodoma a Chueca. Una historia cultural de la homosexualidad en España en el siglo XX*, publicada en 2004 por la editorial barcelonesa Egales. Nos situamos, más bien, en la línea de Ángel Sahuquillo, con ese ensayo pionero y de referencia inexcusable titulado *Federico García Lorca y la cultura de la homosexualidad masculina: Lorca, Dalí, Cernuda, Gil-Albert, Prados y la voz silenciada del amor homosexual*. Fue publicado inicialmente en 1986 por la Universidad de Estocolmo y, después, en 1991, por el Instituto de Cultura «Juan Gil-Albert». Tanto a Lorca como a Cernuda, poetas mayores de la generación del 27, dedi-

camos sendos capítulos. Sin embargo, la nómina asumida es algo distinta. A los poetas granadino y sevillano, respectivamente, sumamos los nombres de Jacinto Benavente, los Martínez Sierra (Gregorio y María de la O Lejárraga), Eduardo Blanco-Amor y a tres de nuestros «novelistas galantes», a saber, Antonio de Hoyos y Vinent, Álvaro Retana y Alfonso Hernández-Catá, con la expresa intención de arrojar luz sobre las diversas posturas adoptadas ante la necesidad de expresar literariamente la querencia entre hombres.

En el terreno de las deudas es necesario traer aquí el magisterio, aun cuando la literatura española no estuviera dentro de sus preocupaciones, de Hans Mayer y su *Historia maldita de la literatura: la mujer, el homosexual y el judío*, publicada en alemán en 1975 y en 1977 en su versión española, así como de la polémica monografía de Gregory Woods, *A History of Gay Literature. The Male Tradition* (1998), cuya traducción al español, obra de Julio Rodríguez Puértolas, fue publicada por Akal en 2001. Asumiendo algunas discrepancias en el terreno metodológico y de interpretación, resulta fundamental también el libro de Ian Gibson *Lorca y el mundo gay: «caballo verde de mi locura»* (2009). El hispanista de origen irlandés ha hecho mucho, sobre todo en las dos últimas décadas, por naturalizar un ingrediente fundamental —casi diría que axial— en la poética lorquiana. Y es que, desde luego, García Lorca constituye una excepción en cuanto a la atención crítica, también en el terreno de la expresión homoerótica en sus textos. Huelga decir que este fue un asunto preterido, especialmente en la academia española, durante años. Hubo, sin duda, alguna notable excepción, tal el caso del (discutible) ensayo de Paul Binding *García Lorca y la imaginación gay* (Laertes, 1987). Sin embargo, la tendencia se ha venido revirtiendo en los últimos tiempos, tanto con aproximaciones de carácter más general —pongo por caso *Love, Desire and Identity in the Theatre of Federico García Lorca*, de Paul McDermid (Tamesis, 2007)— como con otras de índole más específica —permítaseme la autocita, con un libro que primero se publicó en inglés, *Pierrot / Lorca: White Carnival of Black Desire* (Tamesis, 2015), y que, recientemente, ha conocido una versión en español: *Pierrot / Lorca: Carnaval blanco del deseo oscuro* (Guillermo Escolar, 2020)—. La atención a Lorca en este sentido se proyecta incluso a su obra gráfica, con el destacado ejemplo de *Efebos tristes. La iconografía homosexual masculina en los dibujos de Federico García Lorca*, de José Luis Plaza Chillón (Comares, 2020).

Sin afán de hacer un repaso concienzudo, convendría también citar otros textos que nos han marcado la ruta. Me refiero a ensayos de conjunto, desgraciadamente publicados fuera de España, tales como *Homosexuality in French History and Culture*, editado por Jeffrey Merrick y Michael Sibalis en 2001, o *A History of Virility*, publicado por Columbia University Press, bajo la supervisión de Alain Corbin, Jean-Jacques Courtine y Georges Vigarello en 2011. Sin duda, en el plano de las artes gráficas el camino ha sido mucho más y mejor transitado. Baste aquí la cita, entre otros muchos textos, de *Apariencia e identidad masculina. De la Ilustración al decadentismo*, publicado por Carlos Reyero, para la editorial Cátedra, en 1999.

Son muchas, por tanto, las lagunas que el lector hallará en las siguientes páginas. No encontrará en ellas referencias a Eduardo Zamacois, cuya novela *La antorcha apagada* (1931) aborda, casi como si de un «caso clínico» se tratara (Mira, 2004: 200), la controvertida situación de los homosexuales; tampoco se topará con páginas sobre Juan Gil-Albert y su colección de sonetos *Misteriosa presencia* (1936), ni siquiera reflexiones sobre otro de los poetas mayores del 27, a quien dedicó páginas memorables el ya referido Sahuquillo, Emilio Prados, amigo y confidente de quien es otra de las grandes ausencias de este libro, el premio Nobel Vicente Aleixandre. Como toda selección, seguro que es imperfecta. Hemos *antologado* —en el sentido etimológico del término— a los escritores que representan, de una forma más contundente, las diferentes actitudes —elusión, ocultamiento, juego, tragicidad...— ante la expresión del deseo erótico entre hombres.

En las páginas que siguen pretendemos sumergir al lector en un análisis filológico-literario que presta, por tanto, especial atención a la forma expresiva que adquiere la pulsión homoerótica. Nos situamos en un lapso temporal (1890-1936) de enorme efervescencia estética, social y política, en el que la homosexualidad masculina se convierte en un tema de encarnizado debate, tan controvertido que bascula entre considerarla una muestra más de la «degeneración» del fin de siglo —utilizo, intencionadamente, el título que Max Nordau dio a su ensayo de 1892— y su dignificación como una forma de vida, si no plenamente asumida, al menos no digna de persecución ni criminalización. En la primera pesa de la balanza está Rafael Cansinos Assens, quien dedica páginas injuriosas a los homosexuales en *La novela de un literato* (1882-1913); en la opuesta se coloca, por ejemplo, Gregorio Marañón, desde sus aproximaciones al mito de don Juan hasta el desarrollo de su famosa teoría sobre los «estadios

intersexuales». Pero, sin duda, es la eclosión del surrealismo la que marca un antes y un después. De forma más o menos contundente, son muchos los que lo abrazan —desde Cocteau a Cernuda, pasando por Aleixandre y el propio Lorca— como medio de liberar, desde el punto de vista de la expresión, los hasta entonces infranqueables diques. *Poeta en Nueva York y El público* (1930), *Los placeres prohibidos* (1931) o *Espadas como labios* (1932) constituyen un pequeño botón de muestra de ello.

Cuando en 1916 el director sueco Mauritz Stiller adaptó la novela de Herman Bang *Mikäel* (1902) en su película *Vingarne* (*Las alas*), estaba abriendo las puertas del séptimo arte —el más influyente sin duda en todo el siglo xx— al deseo entre «iguales», en expresión recurrente, como se verá, que tomamos de Cernuda. Considerada como el primer filme gay de la historia, lleva a la gran pantalla los amores entre el escultor maduro Claude Zoret y su joven modelo Mikäel, asumiendo así el modelo griego para las relaciones entre hombres. Más allá de la preeminencia de esta tipología —el *erastés* (hombre adulto) y el *erómenos* (joven efébo)—, *Vingarne* destaca por abandonar toda frivolidad y asumir, con el mito de Pígalión como plantilla, la dimensión trágica y el sacrificio de amor que puede interpretar un hombre —Claude— al entregar su vida, física y estéticamente, por otro (Mikäel).

Nuestro ensayo concluye con una sección de «Apéndices» en la que publicamos dos textos. El primero, inédito hasta la fecha, es la obra teatral *Sortilegio*, de Gregorio Martínez Sierra y María de la O Lejárraga. Referenciada de continuo en las aproximaciones a la literatura homosexual española, se edita por vez primera luego del generoso permiso de sus herederos. El segundo es una pequeña selección de textos pertenecientes a *Horizonte evadido*, un poemario de Eduardo Blanco-Amor que, publicado en 1936, resultaba de muy difícil acceso.

«*La verdad ignorada*»... es, insistimos, un ensayo filológico que no se alinea, de forma exclusiva, con ninguna tendencia interpretativa más o menos imperante. Nace, eso sí, de un convencimiento. De la misma forma que abundan las exégesis sobre la expresión del amor, del sexo e, incluso, de la procacidad en autores clásicos de nuestras letras, todos los cuales hicieron palabra su devoción hacia referentes femeninos —desde Garcilaso hasta Góngora—, resulta necesario y urgente hacer lo propio con otros creadores, ya clásicos contemporáneos, que hicieron de la literatura un vehículo de sublimación estética para refrendar sus pulsiones más íntimas. Poco importa, a

estas alturas, que los destinatarios, reales o imaginados, fueran hombres. Proponemos, pues, al lector sumergirse en este viaje en el que encontrará un acercamiento que hemos pretendido riguroso y siempre sustentado en la poética del autor y en el contexto estético, con el objetivo de poner veto a la inflación desmedida, especialmente preocupante en la última década, de una sobreinterpretación no pocas veces teñida de resabios proselitistas.